

Y ALGO MAS....

La tarde era una de las últimas de febrero. Una tarde en que la Naturaleza había puesto esas incertidumbres que flotan en el ánimo en los encuentros y en las despedidas. En el cenit amontonábanse nubes oscuras, espesas, cambiando sus matices de un azul borroso en negro a un plumizo estriado de tonalidades violáceas, y sobre el horizonte, del lado de poniente, el sol deslizaba con sus rayos, por debajo de los cenicientos cúmulos la luz y el calor que hacían grata la estancia en la plazoleta.

El invierno apelanaba aquellas nubes en lo alto, con soplos débiles como los alientos de un moribundo, que resultaban templados por el calor suave con que la primavera parecía asomarse por encima de las colinas lejanas.

Pero en la lucha entre la estación de las flores que anunciaba y la estación de las nieves que se despedía, predominaba aún esta última.

Era aquella una extraña tarde en que el invierno iluminaba sus nebulosidades con rayos intensos, que hacían perdonarle sus pasados rigores causando aquel espectáculo una impresión semejante a la que nos produce la conciencia de un justo que al declinar su vida, sombreada la frente por tormentosas luchas, se sintiera inundada por el bienestar que acompaña al cumplimiento del deber dejándonos en su desapari-

ción, para dulcificar el recuerdo de las mortificaciones que su severidad pudo imponernos, huellas luminosas que esclarecen y elevan nuestro espíritu.

Coincidiendo con estas ideas que en mi ánimo despertaba la contemplación de la tarde; sugeríame, por la expresión de su rostro, reflexiones parecidas a un viejecillo que ocupaba otro de los bancos de la plazuela.

Tenía aquel hombre bajo la nieve de sus blancos mechones, de cromo inglés, nubes oscuras de preocupaciones hondas, y bajo las canosas cejas ojos que brillaban con serena placidez como prestando una luz tibia, en cierto modo semejante a la del sol poniente, al afable calor de su sonrisa bondadosa. Era un abuelo deliciosamente entretenido en seguir los juegos de su nietecillo: un arquitecto de tres años, que con un poco de tierra y unos pedruscos levantaba a sus pies no sé qué raras construcciones.

Animado por la expresión bondadosa de su semblante, sentéme junto a él, y pronto entablamos conversación.

—El invierno ha sido ingrato y duro; pero ya viene la primavera. ¡Bendita sea!

—Y bendito el invierno con sus nevadas!

—¡Como! ¿Le gusta a usted el frío?

—Soy agradecido, y nada más. El frío y el calor son dos palabras que empleamos para expresar opuestas sensaciones, y nada más. Cuando hay calor en el alma, no importa que haya nieve en la tierra.

—Pero independientemente de nuestros sentimientos y de nuestras sensaciones, existe un aparato, el termómetro, que nos dice cuándo hay calor y cuándo hay frío, con matemática exactitud.

—Permítame usted, joven, que le diga que la ciencia es un esfuerzo gigantesco del cerebro humano que pretende conocer de un modo indubitable lo cierto.

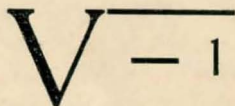
Una pretensión noble y generosa que confirma un manojo de verdades como resultado de su titánica labor, y nada más. ¡Exactitud matemática! Dice usted esto con un énfasis que haría creer que el punto, la línea y la superficie son algo más que abstracciones sin realidad positiva de que se sirven los hombres que a esa ciencia se dedican, para hallar afirmaciones de carácter absoluto dentro de lo relativo de estas convenciones humanas. ¿Es que hay quien pretenda que tomemos por un punto matemático la mancha blancuzca que deja la tiza en el negro encerado, o la sombra cenicienta del lápiz en el papel? No: eso lo creen solamente los que no se han asomado a esa ciencia. ¡El termómetro! Y, ¿qué dice el termómetro?

—Los grados de calor o de frío de la atmósfera.

—¡Los grados de calor o de frío de la atmósfera! —sonó como un eco debajo de su bigote blanco.— Por lo que veo, es usted un enamorado de las palabras que no se preocupa mucho de las cosas mismas que sirven para representar. Excúseme si lablo *ex cathedra*. ¡La fuerza del hábito! A la cátedra he dedicado mi vida, cuando hace años, me jubilaron, llevaba cuarenta explicando. Soy el decano de los que ya no servimos. Créame usted, joven, el termómetro no es más que una convención de los físicos, como el punto lo es de los matemáticos. Conozco, conozco el invento del holandés, Drebhel y los aparatitos que se han construído después por Fahrenheit, por Reamur y por Celsius. Pero introdúzcase la cubeta en la mezcla frigorífica del primero o en el hielo deshaciéndose de los segundos, y señálese el cero en la rasante de la plateada hebrita; llévase luego a la atmósfera de los vapores de bullente agua y aráñese con el diamante en el cristal para señalar el otro extremo; divídase el espacio comprendido entre ambas señales, en las doscientas doce partes del primero, en las ochenta del segundo o en el centenar del tercero; llamemos **gra-**

dos a estas divisiones, y tendremos el aparato que tan grandes utilidades había de prestar en el mundo, y nada más. Porque el calor, agente de la vida, y la sensación, expresión material de ella, ni caben en la estrechez del tubo capilar ni en la matemática regularidad de las divisiones milimétricas que lo bordean. La cifra, el número es exacto por cuanto es limitado. Lo que siente el gorrion que se posa sobre esa rama seca es para la ciencia esto.

Y con el grueso báculo el hombre trazó en la arena de la plazoleta la siguiente figura:



—Y ¿qué es eso?—le preguntè al viejo.

—**Raíz cuadrada de menos uno:** una expresión matemática, una prueba de cuanto acabo de deciros. ¿Queríés otra?

Y de nuevo con el báculo trazó este otro signo sobre la arena:



—Y eso, ¿qué significa?

—Los matemáticos leen así el ocho horizontal: **infinito.**

—No os entiendo. ¿Qué queréis decirme con todo eso?

—Que hay sobre los mundos de la ciencia mundos de ignorancia, y que no es posible en nombre del conocimiento humano anatematizar la obra de Dios, y que de su bondad infinita es tan elocuente testimonio el rayo de sol que fecunda en el surco la semilla, como los copos de nieve que en lentos vaivenes bajan de lo alto, y que, sí debemos bendecir la primavera

en cuanto es una expresión de la belleza eterna, no nos es dado maldecir del invierno porque no sabemos apreciar sus inestimables dones.

Pero excúseme usted, señor: para las minucias de la vida no deben despreciarse las enseñanzas de la ciencia. Ya es tarde: el termómetro, ese dios de vidrio en que pone usted, con razón, su fe en cuanto atañe a la temperatura, parece avisarnos ya que no debemos prolongar nuestra permanencia aquí. Que el Dios que hizo el invierno y la primavera le acompañe y le guíe! Y nada más.

El viejecillo, después de haberse despedido de mí con estas tiernas y afectuosas palabras, echó a andar cuesta arriba apoyándose trabajosamente en el báculo que llevaba en la mano derecha, mientras con la izquierda sujetaba la manecita de su nieto.

Al verlo desaparecer tras las piedras de sillería de la casa que formaba la esquina, volví la cara al horizonte, descubierto por el lado de poniente, para encontrarme con las sombras espesas de la noche en que la luz se perdió, quedándome en el espíritu la confirmación de que había una extraña analogía entre aquel anciano y aquella tarde.

Y tal vez algo más.